



Una hermosa imagen del río Pisuerga con las hojas de otoño flotando sobre sus aguas. / RUBÉN ABELLA



EL SÉPTIMO DÍA
 por Rubén Abella

Marcovaldo en el Pisuerga

No sé si a ustedes les pasa, pero a mí hay veces que los personajes de ficción me resultan más reales que las personas de carne y hueso. Me suele ocurrir con los propios, con los hombres y mujeres que me invento para poblar mis novelas. Salgo a la calle después de un día de escritura y la gente con la que me cruzo me parece de cartón comparada con la que vive aquí arriba, en mi cabeza. Deformación profesional, supongo. Pero también me ocurre con las fabulaciones ajenas. ¿Acaso no están vivos don Quijote, Gregor Samsa, Raskolnikov y Maqroll el Gaviero? ¿Y qué me dicen de Emma Bovary,

Ana Karenina y Ofelia? ¿Es que no tienen una biografía tan constatable como la nuestra? ¿Es que no sufren? ¿No aman? ¿No respiran? Pero de quien hoy quiero hablarles no es de ninguno de ellos, sino de Marcovaldo, el entrañable personaje de Italo Calvino, un ser imaginario y a la vez muy real, que me ayudó a ver cosas que antes no veía.

Marcovaldo es un espíritu simple, un padre de familia numerosa que trabaja como peón en un almacén mohoso y que representa, según la introducción del libro de relatos que protagoniza, «la última encarnación de una serie de cán-

dididos héroes». Marcovaldo es un Hombre de la Naturaleza, un Buen Salvaje transportado, por razones que el lector desconoce, al laberinto inclemente de una ciudad industrial. Las manifestaciones urbanas –los semáforos, los escaparates, los carteles luminosos– le producen desmayo. En cambio se entusiasma ante cualquier evidencia natural que indique el cambio de las estaciones, y siempre está atento a la presencia de signos de vida animal o vegetal entre las moles de hierro, cristal y cemento. Busca setas en las aceras. Contempla el despunte de las hojas de los árboles. Se emociona con la llegada de la nieve. Celebra la niebla, pues en ella puede imaginar que, en vez de por la ciudad inerte, camina por una espesa selva, entre serpientes que reptan por las lianas y se encaraman a las estatuas de antiguos templos engullidos por la vegetación. A lomos de su asmática motocicleta, explora la periferia en busca de un lugar donde el agua sea agua y los peces, peces. Y, durante el éxodo vacacional del mes de agosto, recorre la ciudad y ve las calles como vaguadas y las casas como acantilados o cerros abruptos.

Más allá de la crítica que Italo Calvino hace del mundo desnaturalizado en que vivimos, lo que me conmueve de Marcovaldo es su infatigable instinto para percibir lo que nadie percibe. Para hallar vida entre lo estéril. Para distinguir color en la grisura. En definitiva, para ver belleza entre lo feo.

Tocado por su influjo, una soleada mañana de primavera, hace ya muchos años, cogí mi cámara fotográfica, bajé al Pisuerga y durante cinco horas caminé y tomé fotos en un estado de trance. Concentrado y excepcionalmente alerta –aunque sin saber muy bien qué buscaba–, subí por una orilla, desde el Palero hasta la Ronda Norte, y descendí por la otra, desde la desembocadura del Esgueva hasta La Rubia. Puede que a los más jóvenes les parezca mentira, pero por aquel entonces lo digital sólo era una promesa y tuve que esperar dos días para poder ver lo que había hecho. La excitante –y hoy tristemente erradicada– espera del fotógrafo. Las diapositivas me dejaron atónito. No se veía en ellas la inmundicia que afeaba las orillas. Ni rastro de la basura, las botellas rotas, los chorros de los desagües y las bolsas de plástico

que tras la última riada habían quedado prendidas en las ramas de los árboles. Lo que las diapositivas mostraban era un mundo prístino, que no hacía pensar en las márgenes urbanas de un río, sino en un paraje natural que tenía algo de nostálgico y primige-

Hay veces que los personajes de ficción me parecen más reales que las personas

Lo que me conmueve de Marcovaldo es su instinto para percibir lo que nadie percibe

nio. Me había convertido en Marcovaldo. Seguí fotografiando las orillas durante cuatro años. Con frío y con calor. Con lluvia y con nieve. En las mañanas azules y en las puestas de sol encarnadas. Hasta que la vida me cogió del brazo y me arrastró por otros derroteros.

A mediados del siglo pasado el artista francés Yves Klein, maestro de la *performance* y uno de los máximos exponentes de la vida como obra de arte, escribió una plegaria en la que pedía a Santa Rita de Cascia que intercediese ante Dios para que le concediera la gracia de poder descubrir continua y regularmente cosas nuevas y cada vez más bellas en el arte. La plegaria acaba con esta frase: «Haz que todo lo que emerja de mí sea hermoso». Dicen los libros que Yves Klein murió en mil novecientos sesenta y dos, un año antes de que Marcovaldo «naciera», por lo que no pudieron conocerse. Me divierte imaginar qué habría ocurrido si lo hubieran hecho. Marcovaldo, sin duda, habría pensado que Yves Klein era un loco. Y algo me dice que Yves Klein habría adorado a Marcovaldo. Pero eso da igual. Lo que importa es que, en el fondo, los dos se parecen mucho. Ambos son reales, pero también inventados. Ambos, cada uno a su modo, son artistas que buscan la belleza. Y por todo ello, a pesar de lo que digan los libros, ambos siguen hoy respirando.



Con 10 euros al mes, puedes hacer más de lo que imaginas

Por favor, llama ahora al **902 250 902** o entra en **www.msf.es** y hazte socio de Médicos Sin Fronteras. Con 10 euros al mes, estarás ayudando a los más olvidados. Gracias.

| 902 250 902

| www.msf.es

